



www.loqueleo.com/ec

© 1877, Thomas Hardy; 1910, O Henry; 1903, Jack London;
1843, Edgard Allan Poe; 1844, Robert Louis Stevenson;
1891, Oscar Wilde.

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-359-9

Impreso en Ecuador por Publiasesores

Primera edición en Santillana Ecuador: Febrero 2010

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Abril 2016

Décima tercera impresión en Santillana Ecuador: Septiembre 2018

Prólogo y estudio: Pablo De Santis

Selección de textos: Fabiana A. Sordi

Realización gráfica: Alejandra Mosconi

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Muestra
promocional

Crimen y misterio

Antología de relatos de suspenso

Prohibida
su venta
© Santillana

Thomas Hardy

O Henry

Jack London

Edgar Allan Poe

Robert Louis Stevenson

Oscar Wilde

Prólogo y estudio: **Pablo De Santis**

loqueleo

Por Pablo De Santis

[Prólogo]

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Los relatos policiales cuentan, en general, dos historias. La primera es la historia de la investigación, hecha de pistas, sospechas y sucesivas y tal vez falsas revelaciones, hasta llegar a la iluminación y a la verdad. La segunda es la historia del crimen, que sólo se revela al final. El protagonista de la primera historia es el detective, y el de la segunda el criminal. El detective es un hermano secreto del lector; ambos leen las pistas y conjeturan posibles argumentos. El criminal, en cambio, es hermano del escritor: los dos tratan de distraer al lector, y de borrar las pruebas, confundiendo la trama verdadera con otros argumentos posibles para que no se note que lo evidente estaba allí desde el principio.

No sabemos por qué nos gustan las historias de crímenes, pero ese secreto final se ha convertido en una perfecta metáfora del secreto que toda lectura implica. Leemos para saber algo, leemos para que aparezca algo que está escondido. En los cuentos de esta antología, en cambio, no se cumplen del todo las reglas del policial. Cuando nos asomemos a estos relatos, veremos que la

primera historia, la de la investigación, ha desaparecido, y con ella el detective. Nos queda la segunda historia, la del crimen.

En estas páginas el enigma está ausente: sabemos, en la mayoría de los casos, quién es el criminal y cómo cometió el crimen (a veces sabemos el nombre del asesino aun antes de que el asesinato ocurra, como en "El crimen de *Lord Arthur Saville*"). Son otros los elementos de la trama los que faltan, son otras las sorpresas que deparan los finales.

El primer relato, el de Thomas Hardy, es el que más lejos está del policial y sólo se relaciona con el mundo del crimen por la presencia de los ladrones. Es un cuento de ingenio, con reminiscencias de los cuentos de pícaros que abundan en las tradiciones folclóricas. "El regalo de Navidad del chaparral", de O Henry, visita dos géneros: el de la literatura del oeste, con sus consabidos pistoleros, y el de los cuentos sobre la Navidad, con final edificante, que acostumbraban publicar las revistas de la época. Recordemos que el cuento más famoso de O Henry también está relacionado con una fiesta de la cristiandad: "El regalo de reyes".

"El corazón delator", de Edgar Allan Poe, y "Markheim", de Robert Louis Stevenson, son pesadillas dictadas por la culpa. Están más cerca del género fantástico que del policial, a pesar de que hay un crimen en cada una. Son relatos acerca de los fantasmas del remordimiento. En el primero está el misterioso visitante, al que una lectura alegórica señalaría como la conciencia; en el segundo, ese corazón que late bajo el suelo. Poe procuró llegar al horror despejando el género de elementos sobrenaturales; expulsó a los fantasmas de su literatura para reemplazarlos por las

alucinaciones de la mente. Este corazón que sigue latiendo bajo las tablas del piso es una de las imágenes más poderosas de su literatura. La historieta argentina tiene dos versiones de este cuento y es interesante comparárlas: la de Alberto Breccia y Carlos Trillo (incluida en el libro *Breccia negro*) y la de Horacio Lalia (en *La mano del muerto y otras historias*).

El cuento de Jack London transcurre en un circo, y tal vez toda antología se parezca a un espectáculo circense: aparecen unos personajes en escena, cumplen su papel y luego se retiran (entre aplausos o silbidos, según el caso) para dejar lugar a otros personajes, sin relación alguna con los anteriores. El hombre leopardo nos cuenta la historia de un asesinato en un circo: la víctima es el domador, el arma el león... pero falta otra arma, que el hombre leopardo sólo nos revelará al final.

En el último relato, "El crimen de *Lord Arthur Saville*", está concentrado todo el arte de Oscar Wilde: el brillo de los diálogos, como en sus mejores piezas teatrales, el ingenio en las intervenciones del personaje de lady Windermere –pródiga, como el autor irlandés, en frases memorables–, pero también la visión de un mundo más oscuro, que lo acerca a las sombras góticas de su novela *El retrato de Dorian Gray*. Lord Saville podría ser un personaje increíble, una mera marioneta de su autor, un ser ridículo a causa de su fe absoluta en la profecía del señor Podgers. Pero un detalle lo vuelve humano: acosado por su horrible secreto, mira con melancólica envidia a los hombres que llegan a Londres a vender mercadería, y para quienes la ciudad no es más que un gran mercado. Para él, en cambio, es el sombrío escenario de un crimen futuro.

Sin detectives a la vista, les toca a los criminales hacerse dueños absolutos de la escena. Borran las pistas y se lavan la sangre de las manos, pero bajo las tablas del piso se sigue escuchando el latido de un corazón.

Los ladrones que no podían dejar de estornudar

Thomas Hardy

Prohibida
su venta

© Santillana

Hace muchos años, cuando los robles, ahora en decadencia, eran todavía tan pequeños como el bastón de un anciano, vivía en Wessex el hijo de un labrador, llamado Hubert. Tenía catorce años, y sobresalía tanto por su franqueza y vivacidad como por su coraje, de lo cual, de hecho, se sentía muy orgulloso.

Una Nochebuena muy fría, su padre, quien no contaba con otra ayuda, lo envió con un encargo importante a un pequeño pueblo situado a varios kilómetros de distancia. El muchacho viajó a caballo, y estuvo ocupado con esa diligencia hasta bien avanzada la tarde. Cuando por fin terminó, regresó a la posada, ensilló al caballo e inició el camino de regreso. Durante el viaje a casa debía pasar por el Valle de Blackmore, una región fértil pero desierta, con grandes caminos de barro y rutas sinuosas. En esos días, además, gran parte de la zona estaba densamente poblada de árboles.

A eso de las nueve de la noche, montando a Jerry, su percherón de fuertes patas, Hubert cabalgaba a través de los árboles de ramas colgantes mientras cantaba un villancico acorde con la época del año. De pronto, creyó oír un ruido que provenía de los ramales. Recordó entonces que el lugar por donde transitaba tenía un nombre

maligno. Habían asaltado a varios hombres ahí. Miró a Jerry: deseó que el caballo fuese de cualquier otro color menos gris claro, pues por esa razón la silueta del dócil animal era visible incluso entre las espesas sombras.

—¿De qué me preocupo? —dijo en voz alta, tras meditar unos segundos—. Las patas de Jerry son muy ligeras y no dejarán que se nos acerque un bandolero.

—¡Ja, ja! ¡Sin duda! —respondió una voz grave.

Y en ese momento surgió un hombre, rápido como un rayo, del matorral situado a la derecha; luego, otro, del matorral a la izquierda; y uno más, de un tronco a pocos metros delante de él. Se apoderaron de la brida de Hubert, lo bajaron del caballo y, aunque se defendió con todas sus fuerzas, como cualquier muchacho valiente hubiera hecho, lo vencieron. Le ataron los brazos a la espalda, le amarraron con fuerza las piernas y lo arrojaron a una zanja. Los ladrones, cuyos rostros estaban tiznados de negro, como logró percibir débilmente en ese instante, huyeron de inmediato y se llevaron al caballo.

Apenas se recuperó, Hubert pudo sacarse la cuerda de las piernas con gran esfuerzo, pero, a pesar de todos sus intentos, no logró desatarse los brazos. Así pues, su única salida era ponerse de pie y seguir adelante, con las manos a la espalda, y esperar que la providencia se encargara de soltarlas. Sabía que era imposible llegar a pie hasta su casa esa noche, y menos en tales condiciones: aun así, comenzó a avanzar. Como el ataque le había causado gran confusión, se perdió y hubiera preferido acurrucarse

entre las hojas muertas y descansar hasta que amaneciera, pero conocía los peligros de dormir sin mantas bajo un frío tan severo.

Así que continuó su camino, con los brazos contraídos e insensibles por la cuerda que los inmovilizaba, y dolorido por la pérdida del pobre Jerry, que nunca había dado coces, ni mordido, ni tenía costumbres ariscas. Se alegró mucho cuando vio una luz distante a través del follaje. Se encaminó hacia allá, y al poco rato se topó con una formidable mansión de grandes alas en los flancos, aguilones y torres, y cuyos muros almenados y chimeneas resaltaban a la luz de las estrellas.

El silencio era absoluto, pero la puerta estaba abierta de par en par; de ese lugar emanaba la luz que lo había atraído. Al entrar, se encontró en una gigantesca habitación decorada como un comedor y brillantemente iluminada. Las paredes estaban revestidas de oscuros paneles, tallas, armarios empotrados, y todo el mobiliario que se suele encontrar en casas como ésta. Pero lo que más le llamó la atención fue la amplia mesa en el centro del salón comedor, sobre la cual se desplegaba una suntuosa cena, al parecer intacta. Había sillas alrededor, y daba la impresión de que algo había interrumpido la velada en el preciso momento en que estaba por empezar.

Aunque lo hubiese querido, Hubert no habría podido comer en el triste estado en que se encontraba, a menos que lamiera alguno de los platos, como un cerdo o una vaca. Antes que nada, necesitaba ayuda; y estaba a punto de empezar a recorrer la mansión cuando oyó

pasos apresurados en el porche y la palabra “¡rápido!” pronunciada por la misma voz que había oído cuando le robaron el caballo. Apenas tuvo tiempo para esconderse bajo la mesa antes de que los tres hombres ingresaran en el comedor. Al espiar entre los bordes del mantel, notó que sus caras también estaban tiznadas de negro, lo que terminó de convencerlo de que se trataba de los mismos ladrones.

—Ahora, pues —dijo el primero, el hombre de voz grave—, debemos escondernos. Volverán muy pronto. Fue un buen truco sacarlos de la casa, ¿no es cierto?

—Sí, imitas muy bien la voz de un hombre en peli-gro —respondió el segundo.

—¡Muy bien, excelente! —observó el tercero.

—Pero pronto se van a dar cuenta de que fue una falsa alarma. Bueno, ¿dónde nos esconderemos? Tiene que ser un lugar donde podamos esperar durante dos o tres horas, hasta que se vayan a la cama y se queden dormidos. ¡Ah, ya sé! ¡Vamos! Tengo entendido que sólo abren el armario del lado opuesto una vez al año. Nos servirá de maravilla.

Tras decir estas palabras, el hombre avanzó hacia un pasillo que comunicaba con el vestíbulo. Hubert se arrastró con cautela un poco más, y vio que el armario se encontraba en el otro extremo, frente al comedor. Los ladrones entraron y cerraron la puerta. Con el aliento entrecortado, Hubert avanzó sigilosamente con el propósito de enterarse, en lo posible, de sus intenciones; y, al acercarse, pudo oír que los ladrones hablaban, entre susurros, de las habitaciones que contenían las joyas, la platearía y los demás objetos valiosos que se disponían a robar.

No bien se escondieron, las alegres conversaciones de una multitud de hombres y mujeres surgieron desde la terraza. Hubert pensó que no era conveniente que lo encontraran merodeando por la casa, a menos que quisiera ser tomado por ladrón; así que se escabulló hacia el vestíbulo, avanzó hasta la puerta y se ocultó en un oscuro rincón del porche, desde donde podía observar todo sin ser visto. Después de unos minutos, un tropel de gente pasó por su lado e ingresó en la casa. Había un señor mayor y una dama, ocho o nueve muchachas, igual número de jóvenes, y media docena de criados y sirvientas. Al parecer, los habitantes de la mansión la habían dejado completamente vacía.

—Ahora, niños y jóvenes, terminaremos nuestra cena —dijo el hombre mayor—. No sé qué pudo haber sido aquel ruido; nunca en mi vida tuve una impresión tan certera de que asesinaban a alguien en la puerta de mi casa.

Entonces, las damas empezaron a hablar de lo mucho que se habían asustado, de la aventura que esperaban tener, y de cómo acabó en nada.

“Tengan paciencia”, pensó Hubert. “Más tarde vivirán una gran aventura, estimadas damas”.

Al parecer, los hombres y las mujeres jóvenes eran los hijos casados de la pareja de edad, los cuales habían llegado de visita para pasar la Navidad con sus padres.

Entonces se cerraron las puertas y Hubert quedó afuera, en el porche de la casa. Se le ocurrió que era el momento oportuno de pedir ayuda, y, puesto que no podía golpear con las manos, empezó a patear enérgicamente el portón.

—¡Hola! ¿Por qué tanto alboroto? —dijo el lacayo que abrió la puerta, mientras alzaba a Hubert de los hombros y lo introducía en el comedor—. Encontré a este extraño muchacho haciendo ruido en el porche, *sir* Simon.

Todos se dieron vuelta.

—Tráelo aquí —ordenó *sir* Simon, el hombre mayor ya mencionado—. ¿Qué hacías allí, pequeño?

—¡Miren! ¡Tiene los brazos atados! —exclamó una de las jóvenes.

—¡Pobrecillo! —se condolió otra.

De inmediato, Hubert les contó que había sufrido un asalto cuando regresaba a su casa. Los ladrones le habían robado el caballo, y luego, despiadadamente, lo habían abandonado en ese estado.

—¡Parece mentira! —exclamó *sir* Simon.

—¡Qué historia! —dijo uno de los invitados, con incredulidad.

—Poco creíble, ¿no es cierto? —preguntó *sir* Simon.

—Quizás él mismo sea un ladrón —insinuó una dama.

—Ahora que lo observo con detenimiento, tiene un aspecto curiosamente feroz y perverso, por cierto —dijo la madre.

Hubert se ruborizó, avergonzado, y, en vez de continuar con su historia, y avisarles que los ladrones estaban escondidos dentro de la casa, se mordió la lengua y decidió dejar que ellos descubrieran el peligro por su cuenta.

—Bueno, desátenlo —dijo *sir* Simon—. Después de todo, es Nochebuena; lo atenderemos bien. Por aquí, hijo; siéntate en esa silla vacía en el extremo de la mesa, y come lo que quieras. Cuando estés satisfecho, seguiremos escuchando más detalles de tu historia.

El banquete siguió su curso, y Hubert, ya libre, no lamentó haberseles unido. Mientras más comían y bebían, más se alegraba el grupo. El vino fluía con generosidad, los leños ardían en la chimenea, las mujeres reían con los cuentos de los caballeros; en resumen, todo resultó tan agradable y bullicioso como solían celebrarse, sin duda, las Navidades en tiempos pasados.

Aunque las sospechas acerca de su honestidad lo habían ofendido, Hubert no pudo evitar sentirse muy cómodo, en cuerpo y alma, con el buen humor, el ambiente y regocijo que mostraban sus anfitriones. Al final, rió tanto como el viejo barón, *sir* Simon, con las historias y chistes que se contaron. Poco antes de terminar la cena, uno de los hijos, que había bebido más vino del que debía, como solían hacer los hombres en esas épocas, le dijo:

—Bueno, muchacho, ¿cómo te sientes? ¿Podrás aspirar un poco de rapé? —Le ofreció una de esas tabaqueras que empezaban a hacerse populares entre los hombres de todas las edades alrededor del país.

—Gracias —dijo Hubert, tomando una pizca de tabaco.

—Demuéstrales a las damas quién eres y qué puedes hacer —continuó el joven, palmeando a Hubert en el hombro.

—Claro que sí —respondió nuestro héroe, levantándose del asiento y pensando que convenía enfrentar con audacia la situación—. Soy un mago itinerante.

—¡De veras!

—¿Qué nos dirá ahora?

—¿Puedes invocar a los espíritus de las inmensas profundidades, pequeño brujo?

—Puedo conjurar una tormenta en un armario —respondió Hubert.

—¡Ja, ja! —rió el Viejo barón, frotándose las manos con placer—. Tenemos que ver ese espectáculo. Niñas, no se alejen: esto merece su atención.

—Espero que no sea peligroso —dijo la señora mayor. Hubert se levantó de la mesa.

—Permítame su caja de rapé, por favor —le pidió al joven caballero que le había hecho el ofrecimiento—. Y ahora —continuó—, sin hacer el menor ruido, siganme. Si alguno llegara a hablar, se romperá el hechizo.

Todos prometieron hacerle caso. Avanzó por el pasillo, y, luego de quitarse los zapatos, fue hasta la puerta del armario en puntas de pie, mientras los invitados lo seguían, en sigilosa procesión, a corta distancia. Enseguida Hubert colocó un taburete frente a la puerta, y, parado sobre éste, logró alcanzar el dintel. Entonces, siempre en silencio, volcó el contenido de la caja por el extremo superior, y, con un par de soplidos, introdujo el tabaco por la abertura hacia el interior del armario. Después hizo una seña con el dedo para que su público permaneciera callado.

—¡Válgame Dios! ¿Qué fue eso? —exclamó la señora mayor, luego de un minuto o dos.

El ruido apagado de un estornudo surgió del interior del armario.

Hubert volvió a hacer una seña con el dedo.

—Qué extraordinario —murmuró *sir* Simon—. Es de lo más interesante.

Hubert aprovechó el momento para correr suavemente el cerrojo de la puerta.

—Más tabaco —dijo, con tranquilidad.

—Más tabaco —repitió *sir* Simon. Dos caballeros le acercaron sus cajas de rapé, y Hubert siguió echando el polvo a través del dintel. Se oyó un nuevo estornudo, no tan apagado como el anterior; luego otro que daba a entender, en apariencia, que ya nada podía controlarlo. Al poco rato, estalló una verdadera tormenta de estornudos.

—¡Excelente, excelente, para alguien tan joven! —exclamó *sir* Simon—. Estoy muy interesado en la técnica de separar la voz... Se llama, tengo entendido, ventrilocuisimo.

—Más tabaco —pidió Hubert.

—Más tabaco —repitió *sir* Simon. Su criado le trajo un enorme frasco del mejor tabaco perfumado escocés.

Una vez más, Hubert se acercó al dintel y sopló el tabaco hacia el interior, igual que antes. Repitió la operación una y otra vez, hasta terminar con el contenido del frasco. La batahola de estornudos pronto se convirtió en un ruido extraordinario: no tenía cuándo acabar. Sonaba como el viento, la lluvia y el estruendo de las olas durante un huracán.

—¡Me parece que hay gente adentro y que esto no es un truco! —exclamó *sir* Simon, cayendo en la cuenta de lo que sucedía.

—Sí, hay gente —dijo Hubert—; vinieron a saquear la casa, y son los mismos que me robaron el caballo.

Los estornudos se transformaron en quejidos espasmódicos. Uno de los ladrones, al oír la voz de Hubert, gritó:

—¡Oh, piedad, piedad! ¡Déjanos salir de aquí!

—¿Dónde está mi caballo? —preguntó Hubert.

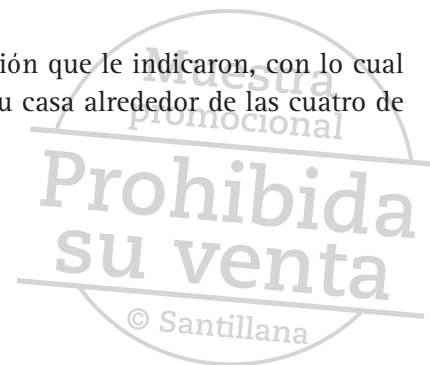
—Atado a un árbol en la hondonada, detrás del patíbulo del pueblo. ¡Piedad! ¡Piedad! Déjanos salir de aquí, o moriremos de asfixia.

Los invitados a la fiesta navideña se dieron cuenta de que no era un juego, sino una situación seria. Se armaron de pistolas y garrotes, llamaron a todos los sirvientes, y se colocaron en posición frente a la puerta del armario. Con una señal, Hubert quitó el cerrojo y se puso a la defensiva. Pero los tres ladrones, en lugar de atacarlos, se quedaron agazapados en una esquina, jadeantes. No opusieron resistencia. Ya atados, los trasladaron a un edificio contiguo hasta la mañana siguiente.

Entonces, Hubert terminó de contar su historia al grupo, y todos le agradecieron efusivamente por los servicios prestados. *Sir* Simon lo invitó a pasar la noche y a que se alojara en la mejor habitación de la residencia, alcoba que había sido ocupada, primero por la reina Isabel, y luego por el rey Carlos, durante sus visitas a esa parte del reino. Pero Hubert rechazó la oferta, ya que seguía preocupado por Jerry, su caballo, y quería estar seguro de que los ladrones le habían dicho la verdad.

Varios de los invitados lo acompañaron hasta la hondonada detrás del patíbulo donde, según los ladrones, habían escondido a Jerry. Cuando pasaron la loma y dieron un vistazo, ¡oh, sorpresa!, ahí estaba el perchero, ileso y muy tranquilo. Cuando vio a Hubert dio un relincho de alegría; nada pudo hacer más feliz al muchacho que encontrar a su amigo. Subió al caballo, deseó las buenas noches a sus anfitriones, e inició el

galope hacia la dirección que le indicaron, con lo cual llegó sano y salvo a su casa alrededor de las cuatro de la mañana.



Título original: "The Thieves Who Couldn't Help Sneezing", 1877,
en *Father Christmas Annual*.
Traducción: Luz Freire.

El regalo de Navidad del chaparral

O Henry

Prohibida
su venta

© Santillana

Veinte años tardó en crecer la causa principal del conflicto. Pero cuando se cumplió ese plazo, bien valió la pena.

Cualquiera que hubiese vivido a ochenta kilómetros del Rancho Sundown, habría oído hablar del tema. Éste tenía cabellos abundantes de color negro azabache, ojos pardos oscuros, de mirada franca, y una risa cantarina que corría a través de la pradera como el rumor de un arroyo subterráneo. Se llamaba Rosita McMullen, y era la hija del viejo McMullen del Rancho de Ovejas Sundown.

Montados en sus corceles ruanos, o, para ser más exacto, en un pinto y en un alazán pulguiento, llegaron dos pretendientes. Uno era Madison Lane, y el otro, el Frío Kid. Pero en esa época todavía no se llamaba el Frío Kid, porque aún no merecía ninguna nomenclatura especial. Su nombre era simplemente Johnny McRoy.

No vaya a creerse que estos dos eran los únicos admiradores de la simpática Rosita. Los potros de una docena de pretendientes esperaban inquietos en el largo palenque del Rancho Sundown. Muchas eran las miradas de carnero degollado que se veían por

aquellas llanuras y que no pertenecían a los rebaños de Dan McMullen. Pero entre todos los caballeros, Madison Lane y Johnny McRoy galoparon a la cabeza, de modo que merecen que contemos su historia.

Madison Lane, un joven ganadero de la región de Nueces, ganó la competencia. Rosita y Madison se casaron en Navidad. Con sus pistolas al cinto, alegres, vociferantes, magnánimos, los vaqueros y los ovejeros dejaron de lado sus odios ancestrales y se unieron para festejar la boda.

Resonaron en el Rancho Sundown bromas y disparos, brillos de espuelas y de ojos radiantes, y efusivas felicitaciones de hombres de campo.

Sin embargo, cuando la fiesta estaba en pleno apogeo, se apareció Johnny McRoy, corroído por los celos, como poseído.

—Les traje un regalo de Navidad —gritó con voz estridente desde la puerta y con el .45 desenfundado. Ya entonces tenía cierta fama de tirador irreflexivo.

La primera bala rozó la punta de la oreja derecha de Madison Lane. El cañón del revólver se movió dos centímetros. El siguiente disparo habría pegado en la novia si la mente de Carson, un ovejero, no hubiese tenido los gatillos bien aceitados y en buen estado. Cuando se sentaron a la mesa, los pistoleros de la fiesta del casamiento colgaron en los clavos de la pared los revólveres en sus cintos, en honor al buen gusto. Pero Carson, con gran rapidez, lanzó su plato de venado asado con frijoles a McRoy, y le desvió la puntería. Así pues, la segunda bala sólo alcanzó a destrozarse los blancos pétalos del jazmín de España

que colgaba a sesenta centímetros de la cabeza de Rosita.

Los invitados se levantaron de las sillas y corrieron a buscar sus armas. Dispararles a la novia y al novio en un casamiento era considerado un acto impropio. En seis segundos, cerca de veinte balas zumbaron en dirección al señor McRoy.

—La próxima vez, apuntaré mejor —gritó Johnny—. Y habrá una próxima vez —y retrocedió rápidamente hacia la puerta.

Carson, el ovejero, decidido a intentar otra proeza debido al éxito del lanzamiento del plato, fue el primero en llegar a la puerta. Desde la oscuridad, lo abatió la bala de McRoy.

De inmediato, los ganaderos salieron tras él, clamando venganza, pues, si bien el homicidio de un ovejero ha contado a veces con atenuantes, en este caso particular fue considerado un auténtico crimen. Carson era inocente; no era cómplice de los preparativos del matrimonio; nunca nadie lo había oído recitar a sus invitados el verso del conde de Surrey: “Sólo una vez al año es Navidad”.

Pero la persecución falló en su intento de venganza. McRoy ya había montado su caballo y se alejaba, gritando maldiciones y amenazas, mientras galopaba por el tupido chaparral.

Esa noche selló el nacimiento del Frío Kid. Se convirtió en el “malvado” de aquella región del Estado. El rechazo de la señorita McMullen a su petición de mano hizo de él un hombre peligroso. Cuando los agentes de policía fueron a buscarlo por el asesinato de Carson, mató a dos, y así empezó su vida de proscrito. Se volvió

un excelente tirador ambidiestro. Se aparecía en colonias y poblados, provocaba un lío ante la menor provocación, mataba a tiros a su hombre y se burlaba de los representantes de la ley. Era tan frío, mortífero y rápido, tan inhumano en su sed de sangre, que sólo se hicieron débiles intentos por capturarlo. Cuando al fin lo mató de un disparo un mexicano pequeño y manco, quien por poco sucumbió él mismo de terror, el Frío Kid tenía dieciocho muertes sobre su conciencia. Cerca de la mitad había caído en duelos limpios, según la rapidez en sacar y disparar; la otra mitad fue asesinada por puro capricho o crueldad.

A lo largo de la frontera corren historias sobre su insolente coraje y osadía. Pero el Kid no formaba parte de la casta de bandidos capaces de incurrir en raptos de generosidad o incluso de indulgencia. Dicen que nunca mostró misericordia por el responsable de su ira.

No obstante, en esta y en todas las Navidades, vale la pena reconocerle a cada uno, si es posible, hasta su más ínfimo rasgo de bondad. Si el Frío Kid en alguna oportunidad llevó a cabo un acto de benevolencia o sintió un impulso de generosidad en el corazón, fue una vez durante las festividades, y esto fue lo que ocurrió:

Quien alguna vez haya sufrido un fracaso sentimental nunca debería de oler el aroma de las flores de la retama. Reaviva la memoria hasta un grado muy peligroso.

Un diciembre, en la región del Frío, una retama floreció en pleno, pues el invierno había sido tan cálido como la primavera. Hacia allá se dirigió el Frío Kid, con su satélite y compañero de crímenes, el Mexicano Frank.

El Kid refrenó a su mustang, y permaneció sentado en la silla, pensativo y ceñudo, con los ojos peligrosamente entrecerrados. El exquisito y dulce perfume de los capullos lo conmovió más allá de su frialdad y dureza.

—No sé en qué he estado pensando, Mex —comentó en su habitual tono lento y pesado—, como para olvidar el regalo de Navidad que debo hacer. Voy a cabalgar hasta allá mañana por la noche y voy a matar a Madison Lane en su propia casa. Me robó a mi chica; Rosita se hubiera quedado conmigo si él no se hubiese entrometido. Me pregunto por qué lo habré pasado por alto hasta hoy.

—Ay, caramba, Kid —respondió el mexicano—, no digas tonterías. Sabes muy bien que no vas a poder acercarte ni a dos kilómetros de la casa de Mad Lane mañana por la noche. Vi al viejo Allen anteayer, y me dijo que Mad va a celebrar la Navidad en su hogar. ¿Recuerdas cómo arruinaste a tiros las festividades cuando Mad se casó, y las amenazas que hiciste? ¿Crees que Mad Lane no tiene los ojos bien abiertos por si llega el señor Kid? Ya me tienes muy cansado, Kid, con estos comentarios.

—Voy a ir a la celebración navideña de Madison Lane y lo mataré —repitió el Frío Kid, sin inmutarse—. Debí haberlo hecho hace mucho tiempo. Escucha, Mex, no hace ni dos semanas soñé que Rosita y yo estábamos casados y que vivíamos en una casa. Ella me sonreía, y —¡ay!, diablos, Mex—, él se la llevó, y me las va a pagar, si señor, se la llevó en Nochebuena, y será entonces cuando lo atrape.

—Hay varias maneras de suicidarse —le aconsejó el Mexicano—. ¿Por qué no te entregas al comisario?